

INHUMANOS

PHILIPPE CLAUDEL

INHUMANOS

Traducción de
Mercedes Pacheco Vázquez



El ser humano es un riesgo que hay que asumir.

—KOFI ANNAN—

El placer de regalar



Ayer por la mañana compré tres hombres. Un capricho repentino, extraño e irracional. Es Navidad. A mi mujer no le gustan las joyas. Nunca sé qué regalarle. La dependienta me los empaquetó. No fue fácil. Se resistieron un poco. Los coloqué bajo el abeto. No esperamos a medianoche. Por qué tres. Uno para cada orificio. Muy gracioso. Mi mujer no parecía contenta. Sabes de sobra que ya no practico sexo múltiple. Lo había olvidado. También nos aburrimos de eso. Yo mismo perdí el deseo. Hace un año estuve tentado de castrarme químicamente, pero los efectos secundarios me echaron para atrás. Aconsejado por Legros, me he hecho socio de un club de *bridge*. Juego todos los jueves. Está bien. También soy miembro de un club de vinos. Tengo una bonita bodega. Pero eso también me aburre. Tinto o blanco, el vino no es más que vino. Y la vida todavía es larga y lenta. Comimos tronco de Navidad. Un poco. Me sacio enseguida. Los vecinos tenían invitados. Había ruido, música, risas. Cómo hacen para reírse todo el tiempo. Los tres hombres encadenados bajo el abeto nos observaban en silencio. Por qué un negro. Por qué no. Mi mujer se encogió de hombros. Subió a acostarse. Yo no podía dejar a los hombres en la sala de estar. Intenté hablar con ellos. Decirles que me siguiesen. No se movieron. Intenté levantarlos. No se dejaban. No querían andar. Los arrastré hasta el garaje. Los amarré al banco de carpintero. Regresé junto a mi mujer. Ya estaba dormida. Soñé que iba en un velero. Era agradable. Ligero. Me gusta el perfume del mar. El sonido de las olas. Su agradable

chapoteo contra el casco. Las elegantes gaviotas. O quizás eran cormoranes. No soy un especialista. El despertar fue difícil. Como siempre. El día de Navidad es uno de los más depresivos del año. En él se resume todo el estupor de la existencia. Poco después de comer, mi mujer fue a visitar a su familia. No me volvió a hablar más de los hombres. Fui a verlos. No se habían movido. Me miraron con tristeza. Vosotros lo habéis querido. Si hubieseis sido un poco más simpáticos y cooperativos, no estaríamos en esta situación. Cogí una pala. Cavé un gran agujero en el jardín, debajo del abedul. Me llevó tres horas. El tiempo se me pasó volando. El esfuerzo físico tiene sus ventajas. No deja pensar. Empujé a los hombres dentro del hoyo. Los cubrí de tierra. Gemían, pero sus quejas pronto fueron sofocadas por la tierra. De repente, silencio. Eso me hizo recordar ciertos hechos históricos, pero no conseguí acordarme de cuáles. Mi memoria está extenuada. Compré cinco ordenadores cuyos discos duros tienen una capacidad infinita de memoria. Para qué acordarse de las cosas. Las máquinas están ahí para eso. Aplasté la tierra. Arreglé el césped. Mi mujer regresó. Qué has hecho esta tarde. Un agujero. Dónde. En el jardín. Para qué. Para meter en él a los tres hombres que no querías. Lo taparías bien, no. Vete a ver si quieres. Mañana quizás. Esta noche estoy cansada. Yo también. Acabamos el pavo, el champán y el tronco de Navidad. Después nos acostamos. Temprano. Me dolían los músculos. Era doloroso pero agradable. Me dormí muy rápido. Como un bebé.

Transhumanismo

2

Hace una semana escuché llantos en los servicios de la Empresa. Alguien no paraba de llorar. Esperé. Me enjaboné las manos lentamente. Quería ver el rostro del desgraciado. Apareció por fin después de tirar de la cisterna. Era Bredin, del Departamento de Importación. Nos conocemos desde hace treinta años. Empezamos juntos. Qué te pasa. Ni te lo imaginas. Su rostro estaba bañado en lágrimas. Le sentaba bien. Así estaba más guapo. Reluciente. Húmedo. Mi sexo desaparece. Qué dices. Mira. Se desabrochó el cinturón, bajó la bragueta, dejó caer el pantalón sobre sus tobillos y bajó sus calzoncillos. Nunca había visto nada semejante. Debajo de su pubis, allí donde debería aparecer su pene, la carne estaba lisa. Solamente estaba el escroto, grande, con dos testículos recubiertos por una piel arrugada y morena. Totalmente depilados. Su sexo había desaparecido por completo. Cuándo ha comenzado esto. No lo sé. Nunca miro. Es doloroso. En absoluto. Y cómo haces para orinar. Ya no orino. Ya no tengo ganas. Sudo. Muchísimo. También lloro. Qué decir. No dije nada. Nos quedamos en silencio los dos, con la mirada baja hacia el sexo ausente de Bredin. Él suspiró y subió sus calzoncillos. Se fue. El sexo de Bredin se borró. Ah. Estábamos en la cama. Mi mujer y yo. Ella no levantó la cabeza de su revista. No pareció muy sorprendida con lo que le contaba. No te sorprende. Son cosas que pasan. No tenía ni idea. Tú nunca lees la prensa. Es verdad. La prensa me agobia. Por qué desaparecen los sexos. No lo sé. La prensa no lo explica. Solo lo constata. Eso es todo. Bueno. Antes de apagar la luz, levanté la sabana y me

bajé el pijama. Mi sexo todavía estaba ahí. Tres días más tarde, Bredin me suplicó que lo acompañase a los servicios. Imposible, voy a la reunión de jefes de departamento. Solo dos minutos, por favor. Su rostro estaba bañado en lágrimas. De acuerdo, dos minutos. Mira. Estábamos en el baño. Se había bajado el pantalón y los calzoncillos. Nada. En efecto. Nada. El escroto también había desaparecido. La entrepierna de Bredin estaba perfectamente lisa. Y tu ano. El ano bien, no está afectado. Menos mal. Sí. Por lo menos te queda eso. No sé qué tiene eso que ver. Perdóname. Soy un torpe. Era para consolarte. No tengo palabras. Puse mi mano sobre su hombro. Bredin ya no tenía testículos. Ah. Mi mujer leía siempre esas revistas. No te parece increíble. Me lo esperaba. Es la segunda fase. Después hay otra más. La prensa no dice nada a este respecto. Ah, no. Los siguientes días, hice todo lo posible por evitar a Bredin y sus lágrimas. Incluso no iba al servicio por miedo a encontrármelo. Tres semanas más tarde, mientras me dirigía a una reunión de programación, una voz me saludó a mis espaldas. Bredin. Estás mejor. Formidablemente. Tu sexo ha reaparecido. No, en absoluto. Entonces. Mi mujer. Tu mujer. Su vagina se ha cerrado. No. Sí. En ella también todo está liso. Los pequeños y los grandes labios están como soldados. Somos idénticos. No. Sí. Lloramos juntos. No. Sí. Pero de alegría. Bredin se alejó cantando. Intenté imaginar a mi mujer sin sexo. Eso no me asusta. Raras veces me utiliza. Cuándo fue la última vez. No me acuerdo. Automáticamente, intentando acordarme de nuestra última vez, empecé a rascarme los testículos. Solo encontré el vacío.

Arte contemporáneo

37

Las aceras de nuestras ciudades están llenas de vagabundos. Antes había papeles grasientos, periódicos viejos, envoltorios de chicles, prospectos, colillas. Ahora las cosas han cambiado, somos más cuidadosos. Hemos desarrollado una conciencia ecológica. Ya no tiramos sin consideración nuestros desperdicios en las calles. Los clasificamos. Los reciclamos. Por nuestras calles solo se arrastran seres sucios envueltos en múltiples capas de ropas nauseabundas manchadas de vomitonas, orina y excrementos. A veces se mueren. Sobre todo en invierno. Pero no lo bastante. La muerte es parsimoniosa. Abúlica. Parca. Perezosa. Sin embargo, no tiene otra cosa que hacer. La muerte descansa. No la vemos llegar. Se podría pensar que están dormidos porque duermen durante todo el día. Es difícil saberlo. A la muerte le encanta atrapar los rostros de la vida. Esta mañana fui a ver las galerías de arte. La noche había sido fresca y espléndida. Luna llena. Temperaturas polares incluso por la mañana. Una delicia pasear así por la ciudad invernal, con el cuerpo cálidamente envuelto en un grueso abrigo después de haber digerido un desayuno continental compuesto por tostadas con mantequilla, huevos revueltos, café, zumo de naranja, beicon y vitaminas. Había dejado los huevos revueltos a medio comer. El vaho saliendo de la boca como cristales volatilizados desprovistos de materia. Poesía. Belleza. De vez en cuando soy capaz de emocionarme. Algunas personas se habían parado delante de una galería. En semicírculo. En el suelo había un hombre o una mujer, con el rostro azulado,

abotargado, la boca hinchada. Todo esto envuelto en una rigidez perfecta. El abrigo estaba enquistado en un fino caparazón de hielo translúcido. Irreal y soberbio. La mano derecha del vagabundo agarraba el cuello de una botella de vino vacía. La izquierda desaparecía entre los pliegues de su traje de lana. Llegó el galerista. Con prisa. Sacó sus llaves para abrir el local sin prestar atención al muerto. Cuánto, le preguntó un aficionado curioso. El galerista miró para él. El hombre le enseñó el cuerpo tirado en el suelo. Doscientos mil. El hombre se quedó pegado. Es caro. Es el precio. Pieza única. El artista. Uno de los más prometedores. Chino. En menos de dos años da el salto a la fama. De acuerdo. Me lo quedo. El hombre saca su tarjeta. Me lo puede enviar a esta dirección. Por supuesto. Hacemos envíos a todo el mundo. El hombre se alejó después de despedirse. El galerista entró en su galería. Abrió el cajón de un escritorio para coger algo. Volvió a salir. En la frente del muerto pegó una etiqueta roja. Un hombre llegó corriendo. Vendido. Vendido. Joder. Nunca tengo suerte. El hombre parecía desolado. Siempre llego tarde. Me siento fatal. Mi mujer se va a enfadar conmigo. Vuelva mañana. Mañana. Mañana. Creo que tendré otro de estos bastante parecido. Puede reservármelo. Sin verlo. Confío en usted. Si insiste. Muchísimas gracias. Hasta mañana. Que tenga un buen día. El hombre se alejó silbando. Casi consigo ser feliz. A veces el espectáculo de poder contemplar a mis contemporáneos alegres me inunda de felicidad.